

En las canteras de mármol de las laderas al norte de la fortaleza, los maestros en labrar la piedra habían señalado con sus largas varas cuáles eran los mejores bloques y habían observado mientras a los prisioneros galos trabajando bajo el sofocante calor. Resguardados y abanicados por ramas de palmeras, guiñando los ojos debido al deslumbrante sol, aprehendían los movimientos de los músculos, el agacharse y erguirse de los sudorosos cuerpos. Los vencidos guerreros, llevados hasta allí encadenados, que colgaban de las cuerdas sobre las paredes de la cantera, golpeaban con palanqueta y cuñas en las capas de la blanquiazul piedra caliza de brillo cristalino, y transportaban hacia abajo, por los sinuosos caminos los gigantescos sillares sobre soportes de largos maderos, eran menospreciados por su salvajismo, sus rudas costumbres, y los señores con su séquito pasaban temerosos ante ellos al caer la noche, cuando se hacinaban en una cueva, malolientes y borrachos del aguardiente barato. Pero arriba en los jardines de la fortaleza, bajo la ligera brisa que ascendía desde el mar, los violentos rostros barbudos se convertían en el material de sus sueños, y recordaban cómo habían ordenado al uno o al otro que se quedase quieto, cómo le abrieron el ojo, la boca para que mostrase la dentadura, cómo se hinchaban las venas de las sienes, y cómo destacaban la frente, la nariz y los pómulos brillando entre las sombras. Oían aún el empujar y el chocar, la resistencia de los hombros y las espaldas contra el peso de la piedra, los rítmicos gritos, las maldiciones, los latigazos, el chirriar de las cuchillas en la arena, y veían las figuras del friso dormitando en las marmóreas sepulturas. Lentamente moldeaban los miembros, los palpaban, veían nacer formas cuya esencia era la perfección. En tanto que los expoliados transmitían sus energías a pensamientos descansados y receptivos, el arte surgía del ansia de dominio y de la vejación.